

el juicio que, hace ya veintitantos años, formuló sobre el sistema de gobierno de Francia.

En esa República, la Constitución y las leyes dan una gran fuerza al Senado y al Presidente; mas, en la práctica, como es sabido, gobierna el Congreso de los Diputados. «La libertad sin freno en la Cámara—afirma Wilson—constituye uno de los mayores peligros para el porvenir y hasta para la vida misma de la República francesa...» ¿Por qué? Porque, en opinión del glorioso estadista norteamericano, una reunión de medio millar de parlamentarios, si es apta para legislar, para estatuir soberanamente las normas generales, es, luego, inepta para las decisiones concretas, rápidas, coherentes, eficaces, que exige la obra gubernativa... «Y Francia se debilita bajo esa agobiante, esa intolerable forma de gobierno: el gobierno por una Asamblea en masa, por una Asamblea popular inorgánica».

Woodrow Wilson, que era individualista en su interpretación del Estado, era, en su interpretación de la democracia, partidario de la acción personal. El pueblo se gobierna a sí mismo. Mas ¿de qué manera? Poniendo al frente de cada una de las funciones ejecutivas a una determinada personalidad, a un hombre capaz, elegido por el pueblo, sostenido por el pueblo, pero con amplias facultades, con plena libertad para llevar a cabo su misión. A cada obra, un hombre. El hombre adecuado, en el puesto adecuado. Un hombre de carne y hueso, una conciencia y una voluntad; no una Junta, un Comité, en los que la iniciativa se diluye, la actividad se paraliza y la responsabilidad se esfuma. Pero ese hombre, designado siempre directa o indirectamente por el voto popular, y obligado a cumplir la misión que, en líneas generales, el pueblo le confiara. Todos deben opinar y votar; muchos, legislar; uno, en cada caso concreto, ejecutar. «Naturalmente—dice en otra página—, casi toda la cohesión, casi todo el éxito de la política, dependen de que haya o no haya para cada determinada función una sola voluntad directora».

Sin embargo... No hay que olvidar el valor altísimo de las grandes Asambleas deliberantes. Son la libre tribuna de la opinión pública. Sin una opinión pública vigorosa, las instituciones democráticas serían sólo un esqueleto sin alma. Aun con las inevitables caídas, se aprende a andar andando; aun con los inevitables balbuceos, se aprende a hablar hablando; aun con los inevitables errores, no se

aprende a opinar más que opinando.

En Inglaterra, país de libertad, el pueblo se ha educado de tal suerte, que sir Erskine May puede decir que la opinión pública jamás ha impuesto al Parlamento una reforma que no haya después sancionado el juicio sereno de los años; jamás ha producido una agitación que la posteridad haya debido condenar. «Hay una verdad indiscutible en política, escribe Wilson: la de que es más prudente, y aun más fácil, gobernar con el consentimiento y la cooperación de los gobernados que sin ese consentimiento y esa cooperación constantes...»

Fué Wilson, esencialmente, un demócrata, pero un demócrata liberal. Piensa que si la democracia no es todavía una plena realidad en ningún Estado, ello se debe a que en ningún Estado el pueblo goza de la verdadera libertad. El régimen de libre concurrencia, de libre competencia que habría, al cabo, de asegurar a cada uno los bienes materiales y espirituales que con sus fuerzas y sus merecimientos conquistase, no es más que una ficción legal en las sociedades modernas. No existe semejante libertad económica. Por eso, el pueblo va, por las mañanas al trabajo resignado, indiferente—observaba Wilson con amargura—; no marcha el obrero o el empleado como el atleta animoso, que sabe que la vía está franca y que todos los competidores comienzan en condiciones iguales la carrera, sino cual el siervo que va a realizar una vez más, materialmente, su forzada tarea cotidiana.

¿El remedio? Como Wilson no era socialista, sino individualista, no lo buscaba en la supresión de ese régimen de supuesta libre concurrencia, sino, al contrario, en su restauración efectiva y en su mayor perfección y progreso. Para ello pretendía, por una parte, destruir los *trusts*, los monopolios, los abusos del feudalismo económico, que cierran el paso a las iniciativas personales, y quería, de otro lado, igualar, en lo posible, por medio de la instrucción, las condiciones de todos los competidores.

No aceptó Wilson, como es notorio, el colectivismo. Afirmó, no obstante, una y otra vez que los derechos del hombre son muy superiores a los derechos de la propiedad. «La propiedad es sólo un instrumento de la Humanidad; la Humanidad no es un instrumento de la propiedad».

Estas son algunas de las principales ideas del hombre eminente que acaba de morir y que rigió, en uno de los momentos más decisivos de la Histo-

ria, uno de los más grandes pueblos de la Tierra. Su obra quedó por debajo de esa ideología; su ideología misma queda por debajo de su alma, de su vago anhelo de progreso humano.

No importa que aceptemos o no estas ideas de Wilson. En algún punto acaso discrepásemos. No importa. El pensamiento de un verdadero profesor nunca es fórmula cerrada, sino camino abierto a la propia reflexión, al estudio, a la eventual contradicción. «Cuando fuí rector de la Universidad—relata Wilson—, solía yo decir que desearía hacer a los jóvenes de la nueva generación tan distintos de sus padres como fuera posible. Los padres, ya llegados, ya establecidos, no simpatizaban vivamente con las fuerzas que crean, que forman, que hacen avanzar la sociedad...» Hombre que habla así, no quiere sólo que el porvenir le siga, sino que le sobrepase. Tal fué el noble espíritu de este profesor de Política, maestro de pueblos, que, en medio de la guerra más terrible que vieron los siglos, creyó en la Paz, en el Derecho y en una Sociedad democrática de Naciones libres y de libres ciudadanos.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

La oración en el huerto

... Y entró Jesús al huerto de Ghetsemani. Los silenciosos olivos suspiraban.

El cielo recamado de rutilantes estrellas, extendía piadoso la pureza de su azulado y rico manto para cubrir los hombros del horizonte extenso.

¡Oh cielo de Oriente! Oh noche tranquila, hueles a mirto y ciprés!

Jesús ora en el huerto de los Olivos, ora entristecido y ruega a su padre que le dé valor divino para redimir a la humanidad.

«Triste está mi alma hasta la muerte», dijo a sus discípulos. Y apoyando su luminosa frente en su rodilla, comienza a sentir una angustia infinita.

Gruesas gotas de agua y de sangre resbalan temblorosas por el lívido rostro del sublime profeta y al caer al suelo, se cuajan en una floración de violados pétalos; y es desde entonces que se inició la existencia de las guarías moradas, en cuyas corolas de seda quedó para siempre estampada la huella inmarcesible de la sangre Nazarita...

Jesús llora...su alma transida de amargura, apura hasta la última gota del caliz del dolor!...

La noche ha enmudecido.

Tibio está el aire que despide suave aroma de santidad.

FLOR DE LUNA

San José, 1924